

LECCION XXVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO V, CONTINUACION).

La Iglesia defendida: san Juan Crisóstomo, san Jerónimo.— La Iglesia consolada: san Arsenio, san Gerásimo: lauras de Oriente; vida de los solitarios.— La Iglesia atacada: Nestorianos y Eutiquianos;— defendida: concilios de Éfeso y de Calcedonia;— afligida: invasiones de los bárbaros; sus razones providenciales.— Toma de Roma;— protegida; san Leon, santa Genoveva.

Los herejes, dispuestos siempre, según aparentan, á someterse luego que la Iglesia haya hablado, no hacian mas caso antes que ahora de sus mas solemnes decisiones; así es que los partidarios de los errores condenados por los concilios anteriores y anatematizados por los Doctores de la Iglesia, continuaron su propaganda, y si bien la fe explicada y vengada se afirmaba mas y mas en el ánimo de los fieles, los sectarios no se convertian; ¡tan difícil es volver al camino de la verdad cuando nos lo han hecho abandonar el orgullo y la ambición! Nuevos herejes se unieron á los antiguos, y el edificio sagrado fué de nuevo atacado en muchas de sus partes á la vez; en su defensa inspiró Dios á grandes doctores, tales como á san Cirilo, patriarca de Alejandría, á san Isidoro de Pelusa, á san Epifanio, pero sobre todo á san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, y á san Jerónimo.

San Juan Crisóstomo, el rey de la elocuencia, la gloria de la Iglesia oriental, nació en Antioquía en el año 334; su padre era general de las tropas del imperio en Siria; Antusa su madre, á pesar de haber quedado viuda á los veinte años, no quiso pasar á segundas nupcias, y se encargó de inspirar á sus hijos los primeros principios del Cristianismo. Jamás mujer alguna fué mas digna de llevar el nombre de madre; los mismos gentiles no podian menos de admirar sus virtudes, y un célebre filósofo exclamó hablando de ella: «¡Qué mujeres tan maravillosas se encuentran entre los cristianos!» Juan estudió la elocuencia bajo la dirección de Libanio, famoso retórico

gentil, el cual antes de morir demostró todo el aprecio que le merecía el talento de nuestro Santo, pues habiéndole preguntado sus amigos á cuál de sus discípulos deseaba tener por sucesor, contestó: «Nombraría á Juan, si los cristianos no nos lo hubiesen arrebatado.»

Mientras estudiaba las ciencias humanas, Juan procuraba penetrarse de las máximas del Evangelio; ejercitábase en la práctica de la humildad y de la mortificación, y á pesar de haber nacido con un carácter propenso á la cólera, logró al fin dominar sus arrebatos, y adquirir aquella perfecta dulzura tan recomendada por el divino Maestro. Á esta virtud unia una amable modestia, una tierna caridad para con el prójimo, y una conducta tan prudente y cuerda, que era imposible conocerle sin amarle. Después de ver al mundo de cerca, disgustóse en breve de sus seducciones y halagos, como sucede con todos los nobles corazones, y se retiró al desierto, donde adelantó rápidamente en las vías de la perfección.

San Milevio, obispo de Antioquía, que conoció el raro mérito del joven solitario, resolvió unirle á su Iglesia, y llamándole cerca de sí, le ordenó de lector; Flaviano, sucesor de Milevio, lo elevó luego al sacerdocio, nombrándole su vicario y su predicador. Juan, que tenia entonces cuarenta y tres años, fué por espacio de doce años *la mano, el ojo y la boca de su obispo*, y aunque la ciudad de Antioquía contase entre sus habitantes á mas de cien mil cristianos, el celo de nuestro Santo bastaba para anunciarles á todos los preceptos del Señor; predicaba varias veces á la semana, y frecuentemente muchas veces en un mismo dia, siendo tan grande el fruto de sus predicaciones, que logró exterminar el vicio, desarraigar los mas inveterados abusos y cambiar la faz de Antioquía. Su talento para la controversia era extraordinario, y usábalo con tanta habilidad en sus sermones, que los judíos, los gentiles y herejes que acudían á oírle hallaban en ellos la mas sólida refutación de sus errores. Su reputación penetró hasta los confines del imperio, y para gloria de su nombre y bien de su Iglesia colocó Dios en un nuevo teatro, en el que preparaba á su virtud otros trabajos y otras coronas.

La sede de Constantinopla quedó vacante en el año 397, y el emperador Arcadio resolvió elevar á ella á nuestro Santo; para realizar su proyecto, tuvo que valerse de una estratagema, cual fué la de hacerle prender en Antioquía. Consagrado finalmente por Teófilo,

patriarca de Alejandria, nuestro Santo empezó su episcopado poniendo en orden su propia casa; todo cuanto le quedaba de sus rentas lo aplicó al alivio de los pobres, y sobre todo de los enfermos, habiendo fundado y manteniendo muchos hospitales, cuya direccion y gobierno fué confiado á santos presbíteros.

Un abuso excitó especialmente su indignacion, y fué la inmodestia de los trajes y adornos de las mujeres; algunas de ellas parecian haber olvidado que los vestidos fueron destinados, en su origen, á cubrir la ignominia del pecado, y que por lo tanto es un contrasentido hacer servir para una criminal vanidad lo que debiera ser para nosotros un motivo de penitencia, de confusion y de lágrimas. Fué precisa toda la elocuencia de Crisóstomo, para que cesase tal escándalo; pero al fin el santo Patriarca logró su objeto, y así sobre este punto como sobre muchos otros Constantinopla cambió de faz. Una sublime imágen que tenia siempre delante de sus ojos aumentaba su celo; consideraba su diócesis como un vasto hospital lleno de sordos y de ciegos, tanto mas dignos de lástima en cuanto amaban su estado. Su solicitud traspasaba los limites del redil que le estaba confiada, y se extendia hasta las mas apartadas regiones; así es que envió á dos obispos para instruir el uno á los godos, y el otro á los escitas errantes, llamados *nómadas*. Solo faltaba al Santo recibir la recompensa ordinaria del celo y de la virtud, es decir, las persecuciones, y por cierto que las sufrió.

La emperatriz Eudoxia; Eutropio, favorito del Emperador; los arrianos, á quienes negó una iglesia, todas estas personas apasionadas y perversas se reunieron y obtuvieron del Emperador un decreto de destierro contra el santo Patriarca; una turba de soldados le arrancaron de su iglesia, pero en la misma noche de su partida un terrible temblor de tierra conmovió el palacio imperial, y aterrorizada la Emperatriz rogó al Emperador que llamase otra vez al Arzobispo. Crisóstomo regresó á su sede siendo recibido por todo su pueblo con grandes aclamaciones, pero en breve partió otra vez para no volver jamás.

Una segunda sentencia, tan injusta como la primera, envió desterrado al Santo á los confines del imperio; allí sufrió grandes penalidades, y no tenia mas consuelo que en las cartas que le escribían el papa Inocencio I y los mas grandes obispos del Occidente que tomaban parte en sus infortunios: sus verdugos ya exponian al santo Arzobispo, que era calvo, á los ardores del sol; ya le obliga-

ban á salir los dias de fuerte lluvia, haciéndole andar hasta que sus vestidos se hallaban calados y chorreando agua. Tan malos tratamientos debilitaron enteramente la salud del Santo, y al llegar á Comana, en el Ponto, se sintió enteramente extenuado; al ver cercano su fin, cambió sus vestidos por otros blancos, como para prepararse á las bodas del celeste Cordero; recibió la santa comunión, dijo sus oraciones, que terminó, segun su costumbre, por estas palabras: *Glorificado sea Dios por todo*, y diciendo *amen* y formando la señal de la cruz, entregó tranquilamente su alma entre las manos de Dios, el dia 14 de setiembre del año 407¹.

Dirijamos ahora nuestras miradas al otro extremo del Oriente, y cerca de la gruta de Belen verémos á un hombre cuyo poderoso genio se ha inspirado con los recuerdos de los santos Lugares, y que, desde el fondo de su soledad, llena la tierra con la fama de su nombre, sostiene á la Iglesia, aterra á la herejía, lleva á sus últimos limites la ciencia de la Escritura, traza seguras reglas á los presbíteros y á las madres de familia, y abre finalmente un protector asilo á los empobrecidos descendientes de los Escipiones y de los Paulo Emilios. Aquel hombre extraordinario, aquella columna de la Iglesia, aquella antorcha del Oriente y del mundo entero se llama san Jerónimo.

Nacido en Stridon, en los confines de la Dalmacia, á mediados del año 331, recibió una excelente educacion, que perfeccionó en Roma, donde hizo rápidos progresos en las bellas letras y en la elocuencia. Entre el torbellino de la gran ciudad Jerónimo olvidó poco á poco las santas máximas que sus padres le habian inspirado; ideas enteramente mundanas, y un marcado retraimiento por los ejercicios religiosos constituyeron el fondo de su carácter, y si bien no cayó en los vicios groseros, carecia de aquel espíritu del Cristianismo que hace los verdaderos discípulos de Jesucristo. Sin embargo llegó la hora de la gracia, y al regresar de un viaje que hizo á las Galias pidió el Bautismo, y consagrado desde entonces á la oracion y al es-

¹ Las mejores obras de san Juan Crisóstomo son:

1.º Su *Tratado del Sacerdocio*;

2.º Sus *Homilias al pueblo de Antioquia*;

3.º Sus *Comentarios sobre san Mateo y sobre las Epistolas de san Pablo*.

Bajo la direccion de los Sres. Gaume hermanos se han reimpresso en París las obras completas de san Juan Crisóstomo, en griego y en latin, 26 tom. en 8.º mayor; es la mejor edicion de este santo Padre.

tudio de la Escritura, vivió como un cenobita en medio del tumulto de Roma, y como un santo en medio de la corrupcion y del libertinaje. Desde Roma pasó á Oriente y se hundió en los abrasados desiertos de la Siria, pareciendo increíbles, á no referirlas él mismo, las austeridades que en ellos practicó; algun tiempo despues dirigióse á Jerusalem y luego á Antioquía, cuyo obispo Paulino le elevó al sacerdocio, en lo que no consintió Jerónimo sino con la condicion de no ser agregado á iglesia alguna.

El deseo de oír al ilustre san Gregorio le condujo á Constantino-
pla en 381; el año siguiente fué á Roma, donde el papa Dámaso le retuvo, empleándole en los mas graves asuntos de la Iglesia, y encargándole de contestar á las cartas de consulta que le escribían los obispos, hasta que para sustraerse á diferentes persecuciones que sobre él habian atraído sus méritos y virtudes, partió el Santo para Belen, en cuyo lugar santa Paula, ilustre matrona romana, hizo construir para él un monasterio, edificando él mismo un hospicio para los numerosos peregrinos que visitaban los Santos Lugares. El santo Doctor nos ha dejado una muy interesante descripcion de la vida celestial que observaban los monjes de Belen, y de la piedad que reinaba en todas las aldeas de los alrededores: despues de haber hablado del estrépito de las grandes ciudades, exclama en un transporte de alegría: «La aldea de Jesucristo es en un «todo campestre; allí no viene á herir vuestros oídos rumor alguno «á no ser el canto de los Salmos; á cualquiera parte que os volváis «oiréis al labrador guiando el arado y cantando *alleluya*, ó al segador que reposa de sus rudos trabajos entonando los Salmos¹.» ¡Ay! ¡cuánto han cambiado los tiempos! ¿Qué oís ahora así en nuestras ciudades como en nuestros campos? Ved si podeis hacer algo ante Dios para resucitar las santas y tiernas costumbres cuya relacion acabais de leer.

Jerónimo se ocupaba noche y dia en estudiar y escribir; y amando á la Iglesia como un hijo ama á su madre, estuvo siempre pronto á refutar con infatigable energía todas las herejías de su tiempo. Los luciferianos, que acusaban á la Iglesia de excesiva indulgencia para con los penitentes; los helvidianos, que negaban la perpetua virginidad de la augusta María; Joviniano, que disfamaba el estado de las vírgenes y predicaba la rebelion contra las leyes de la

¹ Epist. XVII, pag. 126.

Iglesia; Vigilancio, que condenaba como idólatras á los que veneraban las reliquias de los Santos, cayeron sucesivamente bajo las garras del leon del desierto, confundiéndolos el Santo con lógica tan vigorosa y tal fuerza de estilo, que les redujo á no saber qué decir.

El Pelagianismo, que empezaba á propagarse por el Oriente, halló en Jerónimo un terrible adversario, pues lo refutó en un célebre diálogo que puso á los fieles en guardia contra tan perniciosa herejía.

Á las continuas inquietudes que le causaban el peligro de los fieles de Oriente, y las pérdidas que la Iglesia habia experimentado á causa del cisma y de la herejía, unióse la noticia del saqueo y pillaje de Roma por los vándalos; un hambre espantosa puso fin á los horrores de que fué víctima aquella ciudad: viéronse familias enteras huir sin vestidos, sin víveres, sin dinero, y los descendientes de los señores del mundo reducidos á la mendicidad. Los hombres y las mujeres abandonaban su patria para evitar la muerte; hundianse en los desiertos ó en terrenos pantanosos; muchos se refugiaron en Belen, y san Jerónimo, que no pudo contener sus lágrimas á la vista de tantos desgraciados, hizo cuanto le fué posible para alimentarlos, consolarlos y procurarles un asilo.

Uno de los mas insignes servicios que el santo Doctor prestó á la Iglesia fué el de revisar el texto de la Biblia, y corregir las faltas que habian podido deslizarse en las varias versiones de los Libros sagrados. El Santo emprendió tan grande y penoso trabajo á ruegos del papa Dámaso, y lo concluyó con grandes aplausos de todo el mundo católico. La austeridad del santo Anacoreta no era inferior á su celo por la Iglesia y á su aplicacion al estudio; habíase retirado á la soledad, dice él mismo, á fin de llorar sus pecados en el fondo de una celda mientras esperaba el dia del juicio; preferia los vestidos mas groseros y los alimentos mas viles, tanto que solo comia pan negro y algunas yerbas, y aun en pequeña cantidad. Consumido por el trabajo y la penitencia, el noble vencedor de los vicios y de las herejías fué á descansar en el seno de Dios, por el cual tan valerosamente habia combatido, el dia 30 de setiembre del año 420¹.

¹ Las principales obras de san Jerónimo son:

1.º Sus *Comentarios sobre la Escritura*;

2.º Sus *Epistolas* y sus *Vidas de los Padres del desierto*;

3.º Sus libros *contra Helvidio, Joviniano y Vigilancio*.

El P. Martianay, benedictino de la congregacion de san Mauro, publicó una

Las gloriosas victorias conseguidas contra el cisma y la herejía por san Jerónimo, por san Juan Crisóstomo y por los demás doctores del siglo v, no nos causarán admiración alguna, si, penetrando en el desierto, consideramos los numerosos Moiseses que oraban en la montaña. Mientras que el mundo era presa de una agitación continua, reinaba en la soledad una calma perfecta; dábanse allí grandes ejemplos á los gentiles para convertirles, á los malos cristianos para desprenderles del mundo, y á los fieles discípulos de Jesucristo para alentarles, al mismo tiempo que se arrojaba en la balanza de la Justicia divina una inmensa expiación, la que aseguraba la victoria á la Iglesia y el perdón á los culpables. Entre aquellos intercesores enviados en aquella época al desierto, citaremos particularmente á san Arsenio y á san Gerásimo.

Arsenio, romano de nacimiento, de familia ilustre y de raras prendas, instruido perfectamente en las ciencias divinas y humanas, llevaba en Roma una vida retirada, cuando el emperador Teodosio el Grande rogó al papa Dámaso le buscara un preceptor para sus dos hijos Arcadio y Honorio; el santo Pontífice fijó su vista en Arsenio y le envió á Constantinopla, donde fué recibido por Teodosio con señaladas muestras de distinción, elevado á la dignidad de senador, mandando el Príncipe que fuese respetado como el padre de sus hijos, cuyo tutor y preceptor le nombraba; quiso además que tuviese un magnífico tren, y puso á su disposición cien criados, todos ricamente vestidos. Cierta vez en que el Emperador entró en el aposento de sus hijos para asistir á sus lecciones, viólos sentados mientras que Arsenio se mantenía de pie, lo cual le causó tanto enojo, que por algún tiempo despojó á sus hijos de las insignias de su dignidad, ordenando que durante sus lecciones estuviesen de pie y Arsenio sentado; las reprensiones paternales en nada pudieron cambiar el carácter de Arcadio, y habiendo un día cometido alguna falta, fué castigado por Arsenio, logrando éste ofenderle, sí, su extremado amor propio, pero no hacerle abandonar su obstinación y terquedad. Arsenio aprovechó esta ocasión para realizar el proyecto que de abandonar el mundo tenía formado desde mucho tiempo, y en el año 394, cuando contaba cuarenta años de edad, y después de haber vivido once en la corte de Constantinopla, se retiró al desierto de Scete, en Egipto.

edición de san Jerónimo. París, 1683, 1704, 5 tom. en folio; pero su edición deja algo que desear.

Admitido después de rudas pruebas en el monasterio de San Juan, Arsenio se distinguió entre todos los anacoretas por su humildad y su fervor. En un principio se permitía inadvertidamente ciertas acciones á las que se había acostumbrado en el mundo, y que aunque inocentes en sí mismas parecían anunciar ligereza é inmortificación, como era por ejemplo su costumbre de estar con las piernas cruzadas; los antiguos religiosos que le respetaban extremadamente no quisieron advertírselo en una reunión pública de todos los hermanos, mas el abad Pastor se valió para ello de la siguiente estratagemas: convino con su monje que guardase aquella misma postura, por la que él le reprendría como contraria á la modestia religiosa, y asimismo se hizo. El monje escuchó la reprensión en silencio y sin contestar nada para excusarse, por lo que Arsenio conociendo que había querido dársele una advertencia indirecta, veló en adelante sobre sí mismo y se corrigió.

Entre los monjes de Scete no había otro tan miserablemente vestido como él, y con ello trataba de castigarse por la exterior magnificencia que desplegara en la corte. Habiendo caído enfermo, el Presbítero del desierto le hizo conducir á su habitación, inmediata á la iglesia, y allí le acostaron sobre una estrecha cama de pieles de animales, y pusieron bajo su cabeza una modesta almohada; uno de los solitarios entró á visitarle, mas escandalizado al verle acostado de aquel modo, preguntó si era el abad Arsenio; entonces el Presbítero le llamó aparte y le dijo: «¿Qué profesión ejerciais en el mundo antes de ser monje?—La de pastor, contestó, y á duras penas podía vivir.—¡Pues bien! repuso el Presbítero, cuando estaba en el mundo Arsenio era el padre de los emperadores; tenía á sus órdenes á cien esclavos cubiertos de seda, y adornados con brazaletes y cinturas de oro; acostábase en lechos magníficos; al paso que vos, que érais pastor, os hallábais peor en el mundo que aquí.» Conmovido el buen monje por tales palabras, se prosternó diciendo: «Perdonadme, padre mio, he pecado; reconozco que Arsenio está en la verdadera vía de la humillación;» y se retiró en seguida edificado en extremo.

Un oficial del Emperador trajo cierta vez á Arsenio el testamento de un pariente suyo, senador, el cual antes de morir le había instituido su heredero; el Santo le preguntó el tiempo que había pasado desde la muerte de su pariente: «Pocos meses, contestó el oficial.—Mucho mas tiempo hace que he muerto yo, replicó Ar-